



CAPÍTULO II

Variaciones morfológicas.

ARTÍCULO PRIMERO

IDEAS GENERALES

Hasta ahora hemos tratado de saber qué se entiende por *especie*; y vemos que nadie ha logrado formarse de ella idea del todo exacta y precisa, ó por lo menos presentar una definición satisfactoria, ni señalar una barrera infranqueable entre las diferentes especies ni entre éstas y las otras categorías de agrupaciones, ni aun siquiera determinar con limpieza los límites que las separan. Las llamadas diferencias esenciales son imaginarias, y en la realidad no corresponden á nada, ó mejor dicho, se ven á cada paso desmentidas. Para establecerlas en la misma región ideal, fué necesario partir de *peticiones de principio*, para terminar al fin en inconsecuencias lastimosas, dando por cierto lo mismo que se trataba de demostrar, y desmintiendo después en la práctica cuanto se afirmaba en la teoría.

Ante el elocuente lenguaje de los hechos, la fijeza de las especies se va convirtiendo en un mito, y cual imaginario fantasma, se desvanece en un punto, tan luego como se la toca.

Si algo sabemos positivamente de las especies es que, lejos de hallarse perfectamente deslindadas unas de otras y de las demás agrupaciones, están íntimamente enlazadas, compenetradas ó encadenadas, y que por eso no hay medio de deslindarlas ni aun siquiera de un modo convencional; que lejos de ser, como se dicen, *esencialmente fijas, son, al contrario, esencialmente variables*, y que varían incesantemente entre límites poco menos que indefinidos.

Esas continuas y notabilísimas variaciones de todo organismo viviente son tan notorias, que saltan á la vista de cualquiera que sepa leer en la realidad de las cosas; y por eso, hasta nuestros mismos contrarios, aunque se esfuerzan por negarles el prodigioso valor y alcance que tienen, se ven precisados á reconocerlas como reales. Esas confesiones de los adversarios y la claridad del asunto nos dispensaron antes de entrar en detalles para probar lo que no puede negarse; y esa variabilidad, que todos afirman, nos ha sobrado para demostrar el escaso valor que, como constitutivo ó determinativo de la especie, tiene el ponderado y tradicional carácter de la *semejanza actual ó real* de las formas. Esta puede faltar en absoluto, y con todo perseverar lo que llamamos *especie*. Mas llegando á faltar la semejanza y variado incesantemente la forma, la *especie orgánica*, que sobre esa forma se funda, no puede menos de participar de sus alteraciones y mudanzas, y es de todo punto incompatible con el concepto de una *realidad precisa*, de una *fijeza absoluta*, con todo lo que pueda llamarse verdadera *inmutabilidad*.

Si á la especie orgánica corresponde una realidad verdadera, esa es tan *vaga*, tan *variable* por lo menos como el concepto *arbitrario* y *elástico* que la representa; si tiene algo que se parezca á fijeza, es una fijeza puramente relativa, es una variación verdadera, pero que ordinariamente no traspasa los límites *convencionales* que le hemos querido señalar. La *inmutabilidad* de la especie es siempre una palabra vana ó contradictoria, un concepto que niega siempre lo que la realidad siempre afirma.

He aquí, pues, el punto capital de nuestra obra, y lo que en toda ella trataremos de aclarar, demostrar y desarrollar. Así, nos es forzoso insistir sobre las variaciones de todas las

formas orgánicas, examinarlas detenidamente, y ver hasta dónde llega su prodigiosa trascendencia.

En una cuestión como ésta, deben decidir los hechos; á ellos les hemos de dejar la palabra; y para que nadie los tache de excesivamente favorables, les dejaremos en lo posible que hablen por boca de nuestros mismos adversarios, y precisamente de los más distinguidos y competentes en la materia.

§ único. Principio fundamental: consecuencia. Confesiones é inconsecuencias de los adversarios.—División de las variaciones.

Para proceder con acierto, para poder entender el lenguaje de los hechos, para saber hasta dónde llegan las *variaciones* de las especies orgánicas, debemos ante todo sentar un principio fundamental, evidente por sí mismo, con el cual, sin embargo, se tiene muy poca cuenta. Ese principio es: *cuantas variaciones caben en un individuo, otras tantas ó más caben también en la especie.*

Puesto que el individuo está comprendido en la especie, lo que cabe en él, cabe en ella. Y puesto que en la especie hay muchos individuos, aparte de las variaciones de que es capaz uno de ellos, están las de los demás. Fuera de esto, las variaciones que no pueden experimentar los individuos de una época, las pueden experimentar los de otra: todas ellas caben en la especie, la cual recorre todas las épocas.

Según esto, siendo tan profundas, tan radicales, tan transcendentales, como hemos dado ya á entender, y como nuestros sinceros contrarios confiesan, las variaciones de que es capaz un individuo; cuáles serán las que podrá presentar, y las que realmente presentará, la especie á que pertenezca?

Es imposible dejar de advertir á primera vista el inmenso alcance de esta pregunta; ante ella sola, la *variabilidad de la especie* se nos impondrá clara como la misma

evidencia; y la fijeza de las especies, y las barreras que se dicen separarlas, se desvanecerán.

Los más ilustres partidarios de la fijeza llegan á reconocer, en efecto, que lejos de ser esencialmente fijos los organismos individuales que componen las especies, son, por el contrario, todos *esencialmente mudables*. Sin embargo, por una extraña inconsecuencia, desentendiéndose por completo del evidente y luminoso principio que acabamos de asentar, siguen defendiendo que son *esencialmente inmutables* las especies que de dichos individuos constan, como si las mudanzas de ellos no fueran mudanza de ella, y como si lo *esencialmente mudable*, añadido á lo *esencialmente mudable*, diera por suma lo *esencialmente inmutable*. Y cuidado que eso lo afirman con una serenidad que pasma. Vamos á citar entre muchos un ejemplo. El Sr. Faivre, con ser de ordinario imparcial y muy sensato, nos ofrece, á pesar de eso, cuantos queramos. Toda su obra: *La Variabilidad de las especies y sus límites*, es de ello un ejemplo vivo. Trata de defender la *fijeza* de las especies, y cuanto dice de positivo, hasta el título del libro, todo tiende á desmentirla. Mas pasemos á nuestro objeto, y señalemos luego la mencionada inconsecuencia que, por primera vez, se advierte en el mismo principio de la obra. He aquí como empieza el primer capítulo: «La especie ofrece, en la colección de los individuos que la componen, diversidades naturales, normales, independientes de las condiciones exteriores y de la acción del hombre; *la ley de lo variable es esencial al organismo*. Tal es la proposición, cuyas pruebas importa dar desde luego y cuyo valor conviene hacer resaltar.—Esas pruebas *no admiten réplica*; y establecen la manera como, en la constitución normal de los tipos, se asocia la diversidad á la unidad, *la variabilidad individual á la constancia de las formas específicas*».

No sabemos como pueden avenirse estas palabras. En las especies ni hay ni podemos reconocer otras formas que las de los diversos individuos que las componen; si á éstos es *esencial*, por confesión del ilustre adversario, la *variabilidad*, fundada en pruebas sin réplica, forzoso es reconocer que todas las formas integrantes de la especie están afectadas de esa variabilidad, y que, por lo tanto, la *constancia de las*

formas específicas, ó es casual y del todo aparente, ó es una quimera vana. Las dos afirmaciones de Faivre implican contradicción. Pero la variabilidad esencial es una confesión de adversario, arrancada por la evidencia de los hechos; la constancia de las formas es una suposición infundada. Al sentido común le toca escoger y ver cuál de las dos debe aceptar.

Pero dejemos al citado autor proseguir: «Esas pruebas, añade, muestran por lo mismo la *fragilidad* de los sistemas y los métodos que *se fundan* exclusivamente en la *idea de semejanza*.—Cuando Linneo escribe en el *Sistema de la naturaleza*: «*Simile semper parit sui simile*» exagera la importancia de una mira, *verdadera* en su generalidad, pero *cuya aplicación* exclusiva ha venido á ser después un *manantial de errores y confusiones*».

Veamos, pues, cuántas y cuáles son las profundas variaciones y notables desemejanzas que caben en los individuos, y por lo mismo en las especies, y que tan de relieve ponen la inexactitud del principio de Linneo con todos los *errores y confusiones* á que ha dado origen. «Entre las *desemejanzas* que descubrimos en la *especie* (añade el mismo Faivre, sin advertir que contradice otra vez lo que acaba de decir acerca de la *constancia de las formas específicas*) unas son constantes, permanentes, regulares, y realizan el *polimorfismo normal*. Las otras son accidentales, inconstantes en sus manifestaciones, insólitas en los caracteres á que afectan, limitadas á los individuos que modifican, y constituyen lo que conviene llamar *polimorfismo anormal*».

Aceptamos gustosos esta división, con sus caracteres, por mas que ella y ellos se resienten más ó menos de las miras subjetivas del autor. Expongamos luego con fidelidad los hechos, y ellos hablarán bien claro y corregirán todo yerro.

«La *variabilidad normal de la especie*, prosigue el citado naturalista, se refiere particularmente á las funciones de propagación. Se manifiesta, ora en los caracteres de la sexualidad ó en el modo de generación, ora en la condición fisiológica de la transmisión hereditaria, ora en las fases del desarrollo primitivo ó de la sucesión de las edades».

Todas estas y otras varias maneras accesorias de polimorfismo, que en otro lugar (Lib. V), al tratar del desarrollo

de la vida, debemos examinar detalladamente, podemos reducirlas, por ahora, á tres clases de variaciones: variaciones en los *seres productores*, comprendidas bajo el nombre de *polimorfismo sexual*; variaciones en los *productos*, comprendidas con el de *polimorfismo de evolución*, y variaciones de los *productores á los productos*, que designaremos con el de *polimorfismo individual*.

ARTÍCULO SEGUNDO

POLIMORFISMO NORMAL

§ I. Polimorfismo de evolución.—Diversas maneras de desarrollo metamórfico: consecuencias.—No puede decirse que la última forma es la más perfecta y la propiamente específica: metamorfosis regresivas.

Para proceder con orden, examinemos ante todo el *polimorfismo de evolución* y veamos las profundas variaciones que puede experimentar un solo individuo en el corto periodo de su existencia, para de ahí coleccionar las que podrá experimentar la especie durante su larga vida.

De esas transformaciones, las más notables á primera vista y las que más impresionan á los ojos del vulgo, son las de los animales que, durante su vida post-embriónica, presentan fases muy marcadas por las extrañas diferencias de sus formas, y que, al pasar de unas á otras, experimentan lo que se llama *metamorfosis completa*. De entre éstas, las más conocidas son las de los anfibios y las de las mariposas. ¿Quién ignora que del huevo de una rana, no sale una rana, sino un renacuajo, que no se parece en nada á sus padres, pues tiene casi todo el aspecto exterior y aun la organización interior de los peces, al paso que sus padres se asemejan en gran manera á los reptiles? Mas llega un momento en que ese renacuajo, que nadaba como los peces, que como ellos